

¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?

FLORIDOR PEREZ

AGRUPACION AMIGOS DEL LIBRO

Agrupación Amigos del Libro
Inscripción N° 46.869

COMITE DE EDICIONES

Roque Esteban Scarpa
Carlos López Labaste
Carlos George-Nascimento
Oreste Plath
Pepita Turina
Alfonso Calderón
Claudio Orrego Vicuña
Arturo Valdés Phillips
Carlos Ruiz - Tagle

N° 3973

Tiraje: 1.000 ejemplares.
Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento S. A.
— Arturo Prat 1428 —
Santiago de Chile, 1981

¿Quién soy?

Difícil decir quién se es, cuando se es quién para decirlo. Mucho más para mí. Lo intentaré de todos modos.

Nací en Yates (Golfo de Reloncaví) en 1937, un día de octubre. De noche, porque de día había otros quehaceres. A esa hora mi padre bogaba rumbo a Puerto Montt, en una pequeña embarcación en que me hubiera gustado tanto nacer. ¡Qué gran comienzo para mi autobiografía! "... nací a bordo de una pequeña embarcación ..." etc. Pero las cosas no se dieron a mi gusto entonces. Ni nunca.

Supongo que, además de mi llegada, pasaron otras cosas en esos alerzales de Cochamó, pero yo salto directamente de la cuna a los pies de la cama de mi padre, años después, en plena Cordillera Zeraos.

El iba a recorrer los aserraderos a pie, porque el invierno era duro y no quería maltratar sus enflaquecidos caballos. Yo jugaba con un cordel y me lo pidió para amarrar sus altas botas. No es un cordel; son las riendas de mi caballo de palo. El nunca me prestaba las riendas de sus caballos. Tampoco yo se las di.

Eso había sido temprano. Ahora anochecía.

—¿Qué te pasa, papá?

—Estoy enfermo, porque mi hijo no me quiso prestar un miserable cordel para mis botas, me mojé los pies, me resfrié. Pero no se preocupe. Tal vez sane.

Yo tenía abuelos, tíos, hermanas. Había pascuas, viajes, ríos, veranos. Algo debió pasarme entre aquella primera noche del Golfo y esta de la montaña. Algo debí hacer esos años en el mundo. Pero este es mi primer recuerdo de infancia. Desde entonces he cometido maldades, graves errores, injusticias. No he vuelto a sentirme tan canalla.

Allí estuve, horas de horas, más incurable que él, cuidándolo, rogándole, hasta que —en señal de reconciliación— me enseñó un larguísimo poema. Se llamaba

MI PADRE

*Yo tengo en el hogar un soberano
único a quien venera el alma mía,
en su corona de cabello cano,
la honra su ley, y la virtud su guía. etc.*

Mi segundo encuentro con la poesía también fue culpa suya. En algún rincón de su escritorio halló unos versos machacados en su Underwood, sin firma, pero con las huellas de mi ortografía criminal. Me dijo, más o menos: "... exprésese, pero sin obligarse a decirlo en verso. Piense, y póngalo por escrito. Pero antes de escribir, mire. Mire mucho, después diga. Es difícil". Y me tendió papel y lápiz. "Ahora mismo váyase al estero que tan bien conoce, y escriba simplemente lo que ve...".

¡Pobre viejo! ¿Eso le parecía difícil? Ya vería cuando en media hora le llegara con el guiso de "pajarillos cantores", "árboles silvestres", "aguas cristalinas", "abejas de oro" y otras linduras que me bailaban en la lengua por el sendero del bajo.

De guata en el pasto, inicié el volumen N^o 1 de mis Obras Completas. Creí comenzarlo. Todo

estaba allí, y en mi mente. Pero, ¿cómo ponerlo en fila sobre el papel y hacerlo marchar con un sonido que no fuera simple ruido? (Porque eso sí, yo escribiría en verso) Tiré el lápiz. Busqué un *hunquillo*, le amarré en el extremo una lombriz, como otras veces, y me puse a pescar camarones.

Había que tentarlos, con la lombriz bailando la danza del vientre a la puerta de su cueva, en el fondo del estero. Luego, cuando salían y se agarraban, irlos tirando despacito, sin alarmarlos, y plantarles el manotazo justo cuando estaban a flor de agua. A veces no venían. Otras, se iban en el momento preciso. Así eran las ideas.

No fui a tomar once, y anduve escondido, como cuando cometía una fechoría y me ofrecían azotes. Por suerte él no volvió a recordar su encargo en todo el verano. Yo lo cumplí, insatisfactoriamente, casi veinte años después. Por eso se llama Poema en dos Actos, y está en la página doce de mi primer libro.

Veranos, inviernos. El sur me dio un sentido estacional de la vida. Huidobro hubiera dicho con razón que en el sur las cuatro estaciones del año son tres: invierno y verano. Mi calendario tenía

santoral propio. El verano era mi padre al galope señorial de su caballo castaño, inalcanzable para mi petiza chilota, o por las noches asaltando mi enroque y dándome jaque con el caballo del rey, ahora frente a frente pero siempre inalcanzable.

El invierno escolar era mi abuela, disculpando cualquier falta que no fuera en la escuela dominical; cualquier lección que no fuera historia bíblica.

Entre ambos, marzo era mi madre lavando en el estero lana sin su correspondiente oveja, para engordar nuestros colchones de estudiantes nómades.

Estos tres personajes marcaron mi infancia. Los tres me guiaron bien, pero sin acuerdo. Me impulsaron con fuerza, pero en distintas direcciones. Creo que por eso no llegué a ninguna parte. Si los tres me despidieran en la puerta de calle un día de lluvia, papá oliera ese aroma tan particular de la tierra mojada; abuelita vería a Dios regando los frutos; sólo mi madre me pasaría un sombrero.

Mi abuelo pudo quebrar ese empate permanente, pero creo que en secreto votaba por mí. Porque yo tenía su nombre, me metió a los ocho

años en un terno con chaleco, encadenándome al reloj Longines que no tuvo su infancia. Así solía llevarme a pasear por el muelle.

CALBUCO

*Las botas de mi abuelo
pesan tres kilos.
De mañana se pasa diez minutos
abrochándolas.
Apuresé. —Ya voy carajo.
Comemos jaibas y partimos.
El a la Fábrica de Cal
y yo a la Escuela.
Sus amigas del puerto
son gordas
y me regalan uvas.*

*Por la noche le desato las botas.
Para purificarme,
abuelita me cuenta
la historia de Nabucodonosor.
Yo duermo como rey.
Mis sueños no son proféticos.
Yo sueño con las niñas del puerto,
con sus ojos de uva negra.*

Este abuelo era el menos intelectual de la familia. No tenía más fuente de información que su colección de *El Mundial*, pero le bastó para profetizarme que la guerra terminaría junto con mis primeras vacaciones de invierno. En cambio abuela Eudocia, con toda su Biblia por la gracia de Dios, y mi padre con sus tomos de El Capital, aquí me tienen esperando todavía la venida del Señor que implantaría una sociedad sin clases, y entre la resurrección y la revolución me criaron pensando que la vida era asunto enteramente provisorio.

Tras la guerra mundial, el campeonato mundial.

Mucho después sabría que era la segunda guerra, la segunda pelea, pero desde entonces toda noticia la veo en términos de triunfo o derrota.

El periodismo actual no me ayuda a curar esta fijación infantil.

Siempre veré a mi padre junto a la enorme radio de aspecto catedralicio, confiando en un triunfo que casi llegaba... el cuarenta y tantos, el cincuenta y dos, el cincuenta y ocho... casi ronco de fe, casi mudo de pena.

CARTA FAMILIAR

*La noche en que peleó Arturo Godoy. ¿Te acuer-
[das?*

—Izquierda Godoy-derecha de Joe,
con la oreja pegada al receptor,
—izquierda-derecha y ¡pégale carajo!—
*las cuatro radios del pueblo
amanecerían prendidas esa noche,*
—golpe al mentón — ¡eso es! nunca
se ha arriado la bandera (agáchate Godoy)
y espero que no sea la ocasión de hacerlo.

—Izquierda Godoy-gancho de Joe—
Los huasos se quejaban junto al RCA,
y el mantelito blanco
que bordó mi madre
(por qué pelean papá?)
en horas de invierno
de nunca acabar
chorreado aquella noche.
*(Le sacaría la madre, le toparía una oreja
o cruzaría la raya el negro feo).*

—Recto al mentón—

el alma les dolía a los oyentes,
—izquierda-derecha y —¡pégale-coraje-sácale-la
[mugre!
¿así que no lo van a dejar pelear agachado
gringos de miéchica?

Todos quedaron tristes como en Cancha Rayada,
y el que sea valiente que me siga
por el pasadizo oscuro
¡a ver, que venga el cuco! (agáchate Godoy)
porque aún tenemos Patria y los hombres no lloran
como el Viejo y su compadre Clodomiro Torres,
la noche en que perdió Arturo Godoy.

Las primeras noticias del país las fui leyendo por las ventanillas del tren a lo largo de interminables muros ferroviarios o castillos de madera. Entre Victoria y Pitrufquén, ya entendí que la cosa era Cruz Coke o González Videla. Pero antes del primer trasbordo en Antilhue, ya decía ¡Muera! lo que en Lanco decía ¡Viva! Y la palabra *libertad* casi tan repetida como la palabra *pico* en las murallas. Junto a los letreros de las estaciones que me sabía de memoria: —Corte Alto, Concordia,

Tegualda, Fresia, Parga, Río Frío—, habían escrito una estación desconocida: PISAGUA.

Cierto que en los muros pintados había una lección de Historia y Sociología, pero sus tomos estaban tan revueltos, que me enfraqué en la lectura de *Este Chile que es tu Patria*, de Tancredo Pinochet, y desde entonces ya no pude ni quise separar lo leído y lo vivido; mis autores de mis amigos; el libro del mundo.

Hace unos días entrego a mi editor las últimas pruebas de *Chile Contado y Cantado*, libro en que cualquier sicoanalista vería el ansia de recobrar esa lectura primera. Ya lo había pensado de mi segundo libro, *Cielografía de Chile*, “poemas infantiles”, género discutible, que prefiero considerar “poesía para niños también” y que me perdono, por haber sido escrito en la pizarra de clases de una escuela rural.

Es urgente que cumpla siquiera los quince años, si no he de envejecerlos escuchándome.

A esa edad está listo y aprobado mi proyecto de vida. Después no haría sino acumular excusas para no realizarlo. Ya he ganado los primeros concursos y perdido los primeros amores; he proclamado a un candidato a Diputado en el Teatro Central, y me han echado de la Escuela Normal de Valdivia, a raíz de una huelga nacional de estudiantes. De cuanto hice más tarde, sólo me faltaba ensayar la crítica literaria, y la ocasión se me presentó sobre un auto en marcha. ¡Quién diría que actividad así iniciada no marcharía sobre ruedas!

Le han dicho a Neruda —que casi llena el asiento delantero— que no olvide la cita con un señor de cuyo nombre no quiero acordarme, que

andaba a las vueltas de uno de esos prólogos que solía cometer.

—¿Qué sabes de él, Floridor?

—Que ha publicado un libro de poemas en La Unión.

—¿Y qué te parece?

Yo conocía el libro, pero es difícil que lo hubiera leído, pues el señor ese dirigió con entusiasmo mi sumario en la Normal, así que sobre la marcha adherí al famoso método biográfico de análisis literario y realicé —a petición del interesado y para los fines que yo estimara convenientes— mi primer comentario de libros.

No hubo prólogo. Neruda no fue a la cita, y lo dejaron a mi cargo, mientras los organizadores de una de esas manifestaciones públicamente atrasadas, corrían con mesas, bandejas, copas y sillas plegables, en el Casino Municipal. Para un adolescente valdiviano, el Parque que lo rodea era tan familiar como el patio de su casa, pero no conocí ni de sobrenombre tanta hierba que él me iba nombrando por ese apellido científico que siempre me salto en los diccionarios.

Gracias a ese traslado involuntario —el pri-

mero de varios que marcarían mi vida— pude llegar a la Escuela Normal de Victoria, en cuya Biblioteca inicié el verdadero descubrimiento de la Poesía. Sin abjurar de mi poema veinte y mi Salmo veintitrés, me abrí a nuevas voces, otras devociones.

De Rokha estaba ahí; tras su Antología enorme me escondía de las clases de gimnasia. Y unos libros pequeños, que se comían enteros en un recreo, como un *sánguche*. Se llamaban: “Nada se escurre”, “La enredadera del júbilo”, “Hereditad del Hombre . . .” Unos hablaban de Ricardo Fonseca, otros de Raúl Rettig, otros de Caupolicán Peña . . .

Nosotros leíamos con orgullo a Marino Muñoz Lagos, a Pablo Guíñez, como Iván Carrasco me leería, después, según me ha dicho. Así se hacía una tradición victoriense.

Circulaba de mano en mano La Gaceta, que fundara Neruda. En algún número leímos estos versos:

“Buenos días María / ¿quieres jugar conmigo esta mañana? / me he puesto los pantalones largos de mi padre / y aquí tienes las medias de mi hermana. / Nos iremos de fiesta”. (*)

(*) Cito de memoria.

Luego se perdió esa revista y olvidamos el autor, pero ése siguió siendo nuestro himno oficial cuando nos íbamos de parranda de lecturas. Más tarde llegó la revista Extremo Sur, esa de los Juegos de Poesía:

*“Nada se pierde con vivir, ensaya.
Aquí tienes un cuerpo a tu medida”.*

*“En la casa del amigo,
bebo la copa que me da, y pienso en ti”.*

“Mi amada está tejiendo en la ventana”

*“Don Quijote fue arañado por un gato
a quien creyó doncella fogosa y enamorada”*

Aparte de Lihn, Teillier, Barquero y Uribe, un “David Daniel” que no volvimos a ver (“... y hoy es día veinte de noviembre / el vino corre más o menos en mi honor...”)

Extremo Sur, inolvidable invento de Ester Matte, llevó a todos los rincones el pan caliente de las últimas hornadas.

No sé si debo llamar vacaciones al verano de

1958, pues ya no soy estudiante y todavía no soy profesor. En todo caso, descanso. Por esos días se publican las bases del Concurso Nacional Cuarto Centenario de Osorno. Mi padre, en consejo de Familia, anuncia que enviará su cuento Chaparano. Trabajaba en él por las tardes, y en las noches leía en voz alta sus avances. ("Darle acta", decía él).

Cuando se iba al trabajo, en las mañanas, yo tomaba su máquina (la misma en que trazo estas memorias, pero hoy mía) y sacaba en limpio unos poemas que envié en secreto. Cuando faltaba un día para el vencimiento del plazo, mi madre llevó el cuento al correo, en un verdadero rito familiar.

Era febrero. En marzo obtuve un nombramiento a quinientos kilómetros de mi ciudad, de modo que no pude ver la cara de El Viejo cuando leyó en El Correo de Valdivia: "Padre e hijo ganan primeros premios".

Tanto crecer y estudiar, para volver al colegio en marzo, y a mi primer día de clases. De mi barrio Las Animas a la ciudad de Los Angeles. Pero allí me enviaron a Mortandad. Mi sala no tenía puerta ni ventana, pero para un profesor rural del entonces eso parecía un simple "detalle".

—¿Puertas? ¡Quién iba a robar qué!

—Ventanas, ¿no era más "pedagógico" que el álamo del patio deshojara directamente su material didáctico para el estudio del otoño que ya empezaba a caer sobre las hojas de los cuadernos?

Porque era en otoño que maduraban las clases, y los chicuelos se hacían humo en los recreos, y al toque de la campanilla —un cencerro regalado por algún vecino que se comió la oveja madrina y se largó a sembrar remolacha— reaparecían cargados de racimos de uva, membrillos olorosos, ni-

dos hurtados. Era la geografía del sur con su ciencia, su arte, su moral. Sólo faltaba contar la historia y sacar las cuentas. ¡Qué fácil parecía ser profesor rural a los veinte años!

Los que habían fundado revistas, presentado exposiciones de pintura, organizado federaciones de estudiantes; los que habían tocado a Vivaldi; los campeones, los récores, solían juntarse los días de pago en el Hotel de France.

¿Y de qué hablaba esta gloriosa generación de ilusos?

Competían a quien trabajaba más lejos, más solo, con más dificultades, con menores recursos. El orgullo de uno que debía galopar diez kilómetros para tomar una destartalada "góndola", cedía ante el otro que llegó con el terno azul de la licenciatura arañado por la selva, y no encontró más escuela que un número en su decreto de nombramiento, y tuvo que hacerlo todo, menos los muchachitos hirsutos y sonrientes.

Lo hicieron todo. Porque tras el último colegial —ese que hubo que ir a matricular a la misma chacra, en plena saca de papas— llegó la lluvia. Y el frío. Entonces el normalista encendió el fuego con su cuaderno de Técnica de la Enseñanza, y

todo lo que supo en adelante lo aprendió del frío y de la lluvia. De la soledad.

Sólo unos pocos se dieron unas vueltas, consumieron los últimos cigarrillos, guiñaron un ojo lloroso de humo a una morena, y se volvieron a la Dirección Provincial con una solicitud de traslado en la mano. Antes, pasaron a lustrarse a la Plaza, borrando cuidadosamente la huella que el campo chileno dejó en su pie que no dejaría huella.

Yo cometí el pecado inverso: me empantané quince años en el campo enseñando a leer y aprendiendo a vivir.

Con el primer sueldo me compré una montura. Luego la vendí, para comprar un caballo. Sólo después de dos o tres años sin asomarme, volví a casa en el verano de 1961. Mi ciudad había sido embellecida por un terremoto. Allí y entonces conocí a Nicanor Parra. Había ido a tomar Bachillerato, y se quedó dando clases de cueca. No se desprendía del cuaderno de notas que recomendaba Maiakovsky. En él me leyó, bogando en el río, su *Defensa de Violeta Parra*. Me impresionó ese verso que dice: "Por qué no te levantas de la tumba". Saqué la primera copia a máquina.

Ese mismo año cumplí la consabida peregrinación de *los muchachos de antes* a su casa de La Reina. Una semana en su Biblioteca, anotando bibliografía, saqueando sus recuerdos, observando sus métodos, espiando sus trucos, recomponiendo mi visión de la generación del 38. La imagen de mi propio tiempo la fui armando entre El Bosco y la calle San Diego.

Partí convencido que debía trasladarme a Santiago.

Pero el aire de San Rosendo me refrescó el entusiasmo, y tomé el tren del ramal pensando que bastaría con crearme un medio de comunicación con el mundo. De la estación me fui derecho a una imprenta donde haría mi primera revista de Poesía. Discutiendo detalles, llegué tarde al bus rural, por lo que tuve que encaramarme en la *parrilla*, entre cajas de mercaderías, chuicos de vino, sacos de harina y un somier barato en que roncaban dos huasos ebrios. Allí, cara al paisaje, bauticé mi revista con cerveza destinada a los clandestinos del campo. Se llamaría TREBOL (cuatro hojas de poesía). Porque allí también aprobé el proyecto de mi vida adulta: sería un poeta en el campo. No del campo. Ni campesino. No arrancarí­a del campo a cantarlo

en la ciudad; lo viviría. Y asumiría esa posición sin excusas. Sería agresivamente rural.

De inmediato empecé a fechar mis cartas en aquel lugar desconocido, que en realidad tampoco era un lugar, sino una de muchas hijuelas del lugar. El resultado fue que una carta enviada por Jaime Giodano de Concepción a Mortandad, me llegó, después de seis meses, con matasellos de cuanto pueblo con nombre siniestro hay en Chile ¡y cuántos! Matanzas, Pueblo Hundido, Pueblo Muerto, Las Cruces, Infiernillo. Hasta al Golfo de Penas iría a parar mi carta. Entonces acepté una concesión: fecharía *Mortandad, cerca de Los Angeles*. Así tituló más tarde un poema Federico Schopf, gracias al cual Mortandad, que no figura en mapa alguno, aparece en Antologías.

Creo que nadie compró la revista Trébol en Los Angeles, pese a traer poemas inéditos de Sabella, Parra y Neruda, o tal vez por eso mismo. Hice venderla en la puerta del Banco del Estado, pero los posibles clientes, luego de comprobar que no se trataba de una nueva semilla de trébol, la dejaban desdeñosamente.

Tenían razón. No era su revista, era mi órga-

no de comunicación. (Por eso a mi segunda revista la llamé, más explícitamente, *Carta de Poesía*).

La envié a distintas direcciones. Jorge Teillier la leyó en casa de Parra y me escribió, iniciando una provechosa amistad, a la que después de todo estaríamos condenados, desde que don Fernando y don Tomás, su padre y el mío, se amanecían jugando Ajedrez en las pensiones de Victoria, muchísimo antes que nosotros nacióéramos. Así me invitó a fundar ORFEO, la revista de la década del sesenta. Es una lástima que “los largos períodos de abulia” del buen Jorge hayan permitido a otro Jorge Veloz (como lo habría llamado el Cid en las Cortes de Toledo) alzarse con ella, robándonos este santo de la familia. Pero de todos modos Orfeo perdurará, inconfundible, entre el Mundial del sesenta y dos y el Premio Nobel de Neruda.

Me complace que su sello editara mi primer libro —nuestros primeros libros— porque cuando en 1965 aparecen *Para Saber y Cantar y Poemas de las Cosas Olvidadas*, sus autores, yo y Jaime Quezada formábamos ya la pareja de entrañables amigos que no hemos dejado de ser. ¡Cuántas veces su casa fue la mía! Ya hay bastantes enemistades literarias: pelear, pelar, envidiar se han hecho

lugares comunes, muletillas biográficas. Los que quieran ser realmente originales, atrevanse a estimarse de verdad.

Quezada funda en Concepción el *Grupo Arúspice*, dando forma orgánica a lo que en mi aislamiento era puro anarquismo cultural. Silverio Muñoz, Gonzalo Millán, Edgardo Jiménez, José Luis Montero, Jorge Narvaes, estudiantes universitarios. El Tomate Riquelme, en su librería de viejo, yo en mi escuela rural. Grupo de Provincia, no provinciano. En la universidad, no universitario.

Parecidas características lo hermanan a *Trilce*, que en 1965 convoca al Primer Encuentro de Poesía Joven, en la Universidad Austral. A mí me encargan la presentación de Armando Uribe, santo de mi entera devoción. Lo había conocido en una Escuela de Verano, donde conoció el que iba a ser mi primer libro, *Con lágrimas en los anteojos*, del que no queda más que el título, que ha figurado en más de un catálogo.

El profesor rural volvía de estas giras a su sala sin ventana, como el cura de aldea que torna a su

capilla, después de oficiar bodas en la casa patrimonial. Pero no siempre me decían “amén”.

CONVERSACIONES CON LOS CAMPEÑINOS

*Abro el diario y les muestro
Lunik Nueve, Apolo Once
y el hombre que llegó a la luna,
y se ríen.*

*Pero grazna el chonchón y digo
que tal vez no sea una señora
volando a deshora sobre el techo,
y se enojan.*

El profe volvía, pero el poeta siempre estaba partiendo y el ocho de diciembre de 1966 —cuando en Los Angeles sepultábamos a las dos profesoras asesinadas en la escuelita de Cunibal— la prensa santiaguina comentaba el Premio de la Fundación Luis Alberto Heiremans de Literatura Joven: Nelson Villagra en teatro, yo en poesía.

Hace sólo unos días —en este invierno del 81— conozco a una periodista hermana de Heire-

mans. Me recuerda perfectamente, dice: ¡Cómo iba a olvidarme! El día de la entrega de premios llegué a su casa a la hora justa. Me abrió la puerta un personaje tan elegante que, por suerte, no me atreví a saludar de mano; era el portero. Me senté en un piso, junto a la mesa del teléfono. Me dediqué a tomar aliento, aunque sólo ver tanto ajetreo me agitaba mucho más que el viaje desde la Estación Central.

La dueña de casa me hace una venia, pasando al salón. Pide paciencia: todo está listo, pero esperemos un ratito al poeta premiado, que debe llegar del sur...

¿Sería yo tan descortés que alargaría esa espera? ¿O sería tan vanidoso que me levantaría diciendo ¡yo soy el premiado? Comprendo que cualquier solución que le diera al asunto, debió parecer inolvidable.

Aunque algunos preferían desenterrar su muerte, 1967 marca el comienzo de la resurrección de Gabriela Mistral. Por primera y casi única vez el poeta y el profesor tienen ocasión de colaborar en esa Semana Mistraliana de Los Angeles, con exposiciones, lecturas, niños descalzos de apartadas escuelas ("piesecitos de niño") oyéndonos en

el Teatro de la Sede universitaria y nosotros también descubriéndola para siempre. (Como resumen llevé una página literaria al diario La Tribuna y estuve haciéndola siete años). Luego el grupo Arúspice enterito atravesando esa primavera desde el Barrio Universitario hasta su tumba de Montegrande.

¡Universidades de entonces, que no exigían el autofinanciamiento del espíritu! ¿Quién nos dará un boleto de micro para llevarte una flor, cuando al fin nos permitan enterrarte en tu isla negra, Pablo?

Pero tampoco olvidamos a los vivos. Basta de exigir certificados de defunción, dijimos, y partimos a Coliumo, al Encuentro con Gonzalo Rojas, en ese diciembre de su medio siglo. Gonzalo había sido el más amigo de nuestros maestros, y comenzaba a ser el más maestro de nuestros amigos.

La sola edición del número final de nuestra revista *Arúspice* hubiera llenado satisfactoriamente el año 68, pero *Las Palabras del Fabulador*, de Jaime Quezada, nos tuvieron muy ocupados celebrando primero el Premio Pedro de Oña, luego el Alerce y por último la aparición del libro.

Si he de recordar el año 69 deberá ser en la

mitad del mundo, una pata en el norte y la otra en el sur, y el sol como el punto de la *i* sobre mi cabeza, en esa Escuela de Verano de agosto de la Universidad de Quito. O, ya en el límite con Colombia, un fin de semana en Tulcán, con su Fuente de Soda de la Charito, donde se mea en un balde junto al mostrador, y su Cementerio con monumentos vegetales, estatuas hechas con tijeras de podar, ni una piedra, sólo prados, para que vivan bien sus muertos.

O tal vez de regreso, sin un cobre, pagándonos el viaje con recitales hasta esa llegada providencial a Arequipa (Por una sola vez nuestra poesía valía un Perú, mirado desde el piso 12 del Hotel Presidente). Todo era tan distinto pero nada completamente extraño. ¿Sería eso ser americanos? Al fin de cuentas, lo más desconocido sería ese viaje en avión, nunca llegaría más alto el profesor rural:

REGRESOS

Fue domingo en las alas del avión.

*De este Jet de Aerolíneas Peruanas del Perú
(Perdonen la tristeza) Muy atrás Arequipa*

*abajo, lejos, hundiéndose en un antes
que llegará a ser este momento:
la borrachera de Gonzalo, tus compras
absurdas, Jaime, tus búsquedas
de yerbatero por los mercados.*

—“¿Y vieron las Alturas de Macchu Picchu?

—“No”. —“¡Qué lástima!”

*Silverio fue: le faltaron dos soles
para pagar la entrada, y un sol ahí, de fuego.
Yo las veré en casa: encuadernadas,
y en disco, leídas por el autor.*

*Del aire al aire— pobre pájaro
que al fin consigue un medio de volar—
volvía yo,
como un pescador con una red vacía.*

Qué lástima que esta fácil sucesión de viajes, libros, y hasta premios, no sea mi vida. O, al menos, no sea más que una de mis vidas. Porque, profe de campo poeta de provincia, ha sonado la hora de saber quién no es quién en esta historia.

Esa primavera triunfal que inició la década del setenta, te pilló completamente solo — ¡libre, claro! — pero, único 'padre abandonado' de Chile, qué harás tú con tus cuatro chiquillos. Muy sencillo: escribirás a tu madre (Ya dije que ella aparecía en escena cada vez que arreciaba el aguacero).

Oueridos viejos:

Tengo el sentimiento de comunicarles que he fracasado en el difícil arte de ser padre, y deseo reintegrarme a mi antigua profesión de hijo...

Así que se vinieron a criarnos a todos.

Rejuvenecido por ese retroceso de padre a hi-

jo, hice mis maletas para el tercer y último Encuentro de la Poesía Joven, hace exactamente diez años, en la Universidad de Chile de Valparaíso. Ese viaje cambiaría mi vida.

Cuando pasa el conductor Viña y sin marcar los boletos, tengo una visión tan clara como los antiguos profetas de Israel: veo a esa joven de talle fino y perfil perfecto que solía pasar frente a la ventana de mi casa campesina, el pelo largo al viento, conversando con el inmenso pastor alemán que iba a dejarla al paradero. Ella vivía en Viña y la vi tan claro, que supe que si me bajaba la encontraría en la esquina de la plaza. Tomé mi bolso, pero ya en la puerta se borró la visión, y volví a mi asiento.

Regresé en bus a Los Angeles, y me bajé a una cuadra de las líneas rurales. Muchos pensarán que es mentira que lo primero que vi, fue a Natacha. Me le senté al lado y desde entonces, desde ese día, desde aquel viaje, muchos viajes, buses, trenes, kilómetros, horas juntos; de la mano hasta cuando galopábamos a caballo por el campo, levantando un revuelo de polvo y chismes de viejas.

No fue un encuentro casual.

Yo te buscaba hace años, tantos años; de niño te buscaba en mis compañeras de banco, en niñas que tejían la ronda. Creí hallarte en los ojos de Juanita, que prefirió al carnicero del barrio Las Animas donde la coroné Reina de la Primavera con mi primer poema laureado. En esa Silvia que como no eras tú se fue con un artista de circo que la abandonó en Punta Arenas. Hasta mi adolescencia pensé que serías rubia. Una vez te confundí con aquella colorina. Cuántas se disfrazaron de ti, en plazas, cines, hoteles de mala muerte. No pocas me engañaron. Pero sólo tú llevabas la contraseña, la otra mitad de la mirada que calza justamente en el ojo que la mira:

*Cierto que tardé mucho en encontrarte,
pero eran cuatro millones trescientas
cuarenta y ocho mil quinientos treinta
las chilenas, cuando salí a buscarte.*

La vida me debía ese par de años de felicidad. Yo también tenía una deuda con la tierra, y la cubrí de semillas:

*La tierra ensucia las manos,
pero limpia al hombre.*

Tus cartas me decían que te herían los ojos las altas espigas que yo no alcancé a ver; porque había llegado el año 73.

Pero este es otro informe.

Sólo debo consignar aquí, para los teóricos que mañana o pasado mañana anden preguntando si fuimos o no fuimos de una *generación diez-mada*, que el 14 de septiembre cumplías 25 años, y en esa fecha largamente esperada, sólo pude regalarte la antología *Poesía Joven de Chile*, que Jaime Quezada me enviaba desde México.

Razones de tiempo y espacio me aconsejan detenerme en ti, sólo en ti, sola, haciéndote madre años antes de concebir, en esos hijos sin padre.

REGRESO

*Te miro y miro
y ya no te veré
como te vi,
aquellos largos meses
en que no pude
verte.*

Fue un regreso con orden de partir.

El 24 de febrero llegué a Combarbalá, mil kilómetros cuesta arriba por el mapa, con una maleta en una mano y tú en la otra.

Y —aunque este sea otro informe pendiente— quiero decir que gracias a este nuevo traslado forzoso, conocí la fraternidad humana en el rincón más pobre de la Patria. Sin trabajo, sin casa, sin plata, sin amigos, me hice adulto para sobrevivir y merecerte, compañera.

Mientras tú desempolvabas un diploma de Modas, yo me hice Campeón de Ajedrez (fue una celada que me abrió las puertas) y llegué a reunir tres cargos que nadie habrá juntado en Chile: fui de un viaje profesor de Castellano y Filosofía en el Liceo y obrero del Empleo Mínimo en la Municipalidad.

Entonces empezaron a llegarnos los hijos, de la casa de mis padres y los tuyos, de las monjas o de casa de unos amigos. El último llegó de ti. Iba a llamarse Floridor Jaime Jorge Omar, para que fuera una antología de amistades, pero a la Oficial Civil le pareció demasiado largo, y ya no estaba Jaime recién egresado de Leyes, para repetir ese “juicio” que ganamos en el Registro Civil de Los Angeles, cuando inscribí a Chile Igor. Así

que, poda aquí, poda allá, terminó llamándose Floridor Omar, y he dicho que es el único diaguaita en una familia de huilliches y araucanos.

Yo salía del trabajo a las seis, y por las noches, después de acostar al niño en esa cama que fue de Yerko Moretic, y de terminar en la máquina de Teresa Hamel unas costuras que pagarían mañana, Natacha me dictaba hasta pasada la media noche los borradores de mi versión del Poema de Mio Cid.

Este invierno del 81 ella vendía personalmente a los liceanos de la aldea la segunda edición; habíamos corregido las pruebas de Chile Contado y Cantado. Teníamos casa, trabajo, deudas, sueños.

Hasta el siete de mayo.

Ese día partí a buscar pega a la capital, veinte años después de proponérmelo, bajando de La Reina.

Y, aunque esto también es cuento aparte, —capítulo de las memorias que un día titularé: *Aprende, Profe*— quiero que tomen nota que lo “racionalizada, moderna y funcional” que luce la Administración Pública desde esa fecha, se debe al Decreto 370 que me separó de mi cargo para conseguir tales fines.

A tan nobles propósitos, ¿quién no sacrifica
A gusto veintitrés años de servicio, la compañía
de su mujer, el pan de sus hijos?

Ellos están allá, con esta madre que les di,
casi el único regalo.

—¿Pero son todos suyos estos chiquillos tan
grandes?— le preguntó una señora nortina.

—Todos son de ella, le dije, ¡son de ella por-
que yo se los di!

Ahora me escribe unas cartas que recuerdan
aquellas de la mujer de Miguel Hernández, pero
más coquetas:

... que se acabó el gas, que el niño está enfer-
mo de pena, que vaya "sin falta", y que le lleve
crema colágeno, porque en el espejo se ha visto
la primera arruga. Que no sabe hasta cuándo
aguantará todo esto.

Pero yo lo sé, madre chilena: aguantarás has-
ta que se cumpla la escritura:

NATACHA

Le han dicho

*con ese hombre
no tendrán dónde
caerse muertos.*

Le he dicho

*tendremos
todo el mundo
donde pararnos vivos.*

¡Pero cuándo!

EN LA SERIE

**¿QUIEN ES QUIEN EN LAS LETRAS
CHILENAS?**

La Agrupación Amigos del Libro ha publicado los títulos correspondientes a los siguientes autores:

Roque Esteban Scarpa
Miguel Arteche
Gabriela Lezaeta
Manuel Francisco Mesa Seco
Cecilia Casanova
Fernando González-Urizar
Julio Flores
Antonio Cárdenas Tabies
Jaime Quezada
Emma Jauch
Carlos Ruiz-Tagle
Alicia Morel
María Silva Ossa
Isabel Velasco
Juan Antonio Massone

Pepita Turina
María Urzúa
Hugo Montes
Nicolás Mihovilovic
Ester Matte Alessandri
Enrique Neiman
René Vergara
Hernán Poblete Varas
Carlos René Correa
Fernando Debesa
Virginia Cox
Carlos Morand
Enrique Campos Menéndez
Angel C. González
Sergio Hernández
Floridor Pérez



COEDICION

ZAMORANO Y CAPERAN

LIBRERIA Y EDITORIAL

EDITORIAL NASCIMENTO